

juventud y la verbosidad del Mediodía, jugaban con la muerte, escribían versos, afectaban la alegría de sus días serenos, y no encontraban gravedad ni se enternecían sino en las confidencias de su amistad y con el temor que cada uno de ellos manifestaba por la suerte del otro. Muchas veces se abrazaban y se daban las manos como para apoyarse contra la suerte. Ni el sentimiento de la fortuna inmensa y de la larga perspectiva de días dichosos que iban á dejar, ni los recuerdos de dos jóvenes amadas, cuya próxima viudez presentían, les hacían arrepentirse ni un momento, al ménos en la apariencia, del sacrificio que hacían de su vida en aras de la libertad.

Sin embargo, una vez Fonfrede, ocultándose de Ducos y hablando con el joven Riouffe, dejó escapar un torrente de lágrimas contenido hacía mucho tiempo, al recordar á su mujer y á sus hijos. Ducos lo notó, se le aproximó, é interrogándole con vivacidad, dijo con tono de tierna reconvención á su cuñado: «¿Qué tienes y qué es lo que me ocultas?» «Nada... es éste, que me habla y me enternece», — respondió Fonfrede señalando á Riouffe. Ducos no se engañó, sin embargo, sobre el llanto de Fonfrede. Los dos amigos se arrojaron en brazos uno de otro, ocultando sus lágrimas mutuamente.

Valazé veía aproximarse la muerte como la coronación del sacrificio que había hecho hacía tiempo de su vida por la patria. Sabía que las nuevas doctrinas crecen con la sangre de sus apóstoles, felicitándose interiormente de darles la suya. Tenía el fanatismo del sacrificio y la impaciencia del martirio. Sus facciones, radiantes de inmortalidad en aquellos calabozos, atestiguaban el gusto anticipado de una muerte que buscaba en lugar de huirla. «Valazé,—le decían sus compañeros de miseria,—para tí sería un castigo el que no te sentenciasen.» El se sonreía al oír estas palabras, como un hombre cuyo pensamiento ha sido adivinado. Algunas horas ántes de verse la causa, dió al joven Riouffe unas tijeras que tenía ocultas hasta entónces. «Ten,—le dijo con una ironía que Riouffe no entendió hasta despues;—dicen que ésta es un arma peligrosa, y temen que atentemos contra nuestros días.» El llevaba consigo un arma más segura, y este donativo no fué más que una chanza socrática dirigida á sus verdugos.

## X

Vergniaud no afectaba ni la alegría aturdida de sus jóvenes amigos Ducos y Fonfrede, ni la solemnidad de Lasource, ni el imprudente ardor por morir de Valazé, ni la preocupacion laboriosa de Brissot por justificar su memoria ante la posteridad. Sereno, grave, natural, risueño alguna vez, y pensativo las más, no escribió, y habló muy poco, pasando los días sin afán y sin remordimientos, en una ociosidad forzada que por otra parte no repugnaba mucho á su carácter. Así como el piloto separado del timon durante una tempestad, descansaba sobre cubierta en medio de las vacilaciones del bajel, cuyas maniobras no eran ya de su inspeccion. Sér fuerte, alma á quien su misma fuerza hacía á veces demasiado inmóvil, su espíritu profético, aunque perezoso, le dejaba poca sensibilidad para consigo mismo. Con una mirada ó con una palabra reasumía una situación sin conocerla en sus pormenores. Solo y taciturno, recostado sobre su cama ó paseando en el patio, ilustraba algunas veces la conversacion con uno de aquellos rasgos de elocuencia

tan majestuosa en el calabozo como en la tribuna. Conmovidos sus colegas, le aplaudían y le suplicaban que anotase aquellas improvisaciones para el tribunal ó para la posteridad; pero Vergniaud se desdeñaba de recoger aquellas migajas de su genio. En él la elocuencia no era un arte, era su misma alma, estando seguro de llevarla siempre consigo y de encontrarla en las ocasiones. La estimaba como un arma para combatir, y no para adorarse con ella ante sus contemporáneos ni ante la posteridad. Emitida la idea, no pensaba en reproducir un eco inútil de ella, y volvía á su sueño ó á su indiferencia habitual.

Algunas veces hablaba con Fauchet, y sin participar de la fe de éste, hallaba buenas las teorías y las esperanzas del cristianismo. Consideraba esta religion como la verdadera filosofía de la humanidad, revestida de misterios y de imágenes para hacerla accesible á la debilidad de la infancia eterna del género humano; respetaba el cristianismo, como el fundidor respeta el oro en una moneda alterada; no quería la destruccion, pero sí la depuracion lenta, libre y prudente del culto. «Separar á Dios de su imagen,—decía,—es la última obra de la filosofía y de la revolucion.» Vergniaud apreciaba mucho más el talento de Fauchet desde que aquel talento vago y declamatorio se había vivificado y como santificado por la resurreccion del sentimiento religioso en el alma del obispo del Calvados con el presentimiento del martirio. Fuera de estas conversaciones, la actitud exterior de Vergniaud era la indolencia; no aquella indolencia del hombre ligero, que no se eleva hasta la dignidad de su suerte y que profana las tres cosas más santas de la vida, la conciencia, el infortunio y la muerte, pero sí la indolencia del hombre grave que juzga su propia situacion, que la domina y que busca distracciones á su existencia hasta la hora en que la sacrifica á un deber.

Tal era Vergniaud en la cárcel. No parecía el más impasible de sus compañeros de infortunio sino porque era el más reflexivo y el más grande de todos ellos. La amistad tenía un ascendiente poderoso en su alma. El día ántes de abrirse el proceso de sus coacusados, arrojó al patio de la cárcel el veneno que llevaba consigo hacía cinco meses, á fin de morir con la misma muerte que sus amigos, y acompañarles hasta el cadalso.

## XI

El 22 de Octubre se les comunicó el acta de acusacion, y el 26 principió á verse el proceso. Desde la causa de los Templarios no se había visto comparecer todo un partido con jefes más numerosos, más ilustres y más elocuentes ante ningún tribunal. La fama de los acusados, su prolongacion en el poder, su peligro presente, la dura venganza que empuja á los hombres á presenciar el espectáculo de los grandes trastornos de la fortuna, y que les causa una alegría secreta al contemplar sus caidos restos, habían atraído y retenido hasta el fin de la lectura de la causa una multitud de gentes que se apiñaba en el recinto y los alrededores del tribunal revolucionario. La mayor parte de los jueces y de los jurados habían sido amigos ó clientes de los acusados. Estos jueces estaban resueltos á hallarles culpables y á librarse de toda sospecha de complicidad, arrojando este partido á que fuese devorado por el pueblo, y con todo, no se atrevían á dirigir la vista á los acusados, temerosos de encontrar un amigo que les dirigiese en una mirada una súplica y una reconvenccion.

Una masa imponente de fuerza armada ocupaba los puestos de la Conserjería y del palacio de justicia. La artillería, los uniformes, los pabellones de armas, los centinelas, la gendarmería con los sables en las manos, anunciaban claramente la vista de una de esas causas políticas cuyo juicio es una batalla y cuya justicia es una ejecucion.

Los acusados fueron introducidos en el tribunal. Eran veintidos. Este número fatal, escrito en la primera idea de proscripcion del 31 de Mayo, no había disminuido á pesar de la fuga ó de la muerte de algunos de los primeros veintidos diputados designados para la depuracion de la Convencion. Se había completado el número añadiendo á los girondinos otros acusados extraños á su faccion, como Boileau, Mainvielle y Antiboul, para que el pueblo, al ver aquella igualdad numérica, creyese encontrar en ella el mismo complot, detestar el mismo crimen y herir á los mismos conspiradores.

## XII

A las once de la mañana entraron uno á uno, por medio de dos filas de gendarmes, en la sala de la audiencia. La multitud, viéndolos pasar, preguntaba sus nombres y buscaba en sus facciones las señales imaginarias de las maldades que se decía hallarse personificadas en ellos. Aturdiase, no obstante, de que aquellas frentes tan jóvenes y aquellas caras tan serenas ocultasen bajo la belleza y la dulzura de sus facciones tanta maldad y tanta perfidia.

El primero que se sentó en el banco fué Ducos, de edad apenas de veintiocho años; su aspecto juvenil, sus ojos negros y perspicaces y la movilidad de su fisonomía, revelaban uno de esos naturalistas meridionales á los que la vivacidad de sus impresiones impide hacerse profundos; hombres en quienes todo es ligero, hasta el heroísmo.

Fonfrede, más joven que su cuñado, seguía á éste. Una sombra de melancolía más grave estaba esparcida por todo su rostro. Se veía en su aspecto pensativo la lucha interior entre el amor que le unía á la vida y la generosa amistad que le hacía sacrificarse voluntariamente á la muerte. Muchas veces se le habían ofrecido á Fonfrede los medios de evadirse. «No,—respondía,—la suerte de Ducos será la mía: salvarme yo solo no sería salvarme, sería perderle.» Salido Fonfrede de la cárcel, había vuelto á ella voluntariamente. Las miradas de estos dos jóvenes girondinos se fijaban con más seguridad sobre la multitud y se dirigían con más confianza sobre los jurados. Ducos y Fonfrede no habían participado en la Convencion y en la comision de los Doce ni de la sabiduría de Condorcet y de Brissot, ni de la moderacion de Vergniaud. Entusiastas y fogosos como la Montaña, habían reprendido muchas veces la tibieza revolucionaria de su partido. No aborrecían en Danton sino las manchas de la sangre de Setiembre. Este hubiera sido su jefe si no hubiera existido Vergniaud. Queridos de la Montaña, para la cual la juventud era un atractivo, esperaban en secreto que los montañeses tendrían en consideracion lo exaltado de sus opiniones, y que en los últimos momentos se harían cargo de que no había en ellos otra culpabilidad que la de llevar el nombre de un partido proscri-to.

## XIII

Después de éstos seguía Boileau, juez de paz de Avallon. Hombre débil, mezclado por casualidad en las filas de la Gironda, cayó en la cuenta de su error ante la muerte, y proclamó con un tardío arrepentimiento las opiniones triunfantes y el patriotismo sin piedad de la Convención. Boileau tenía cuarenta años. Su aspecto indeciso atestiguaba la fluctuación de sus ideas. Sus miradas imploraban las miradas de los jueces y parecían decirles: «No me confundais con mis pretendidos cómplices; si no estuviese con ellos, sería su primer enemigo».

Mainvielle iba después; joven diputado por Marsella, de edad de veintiocho años como Ducos, era de una belleza admirable, pero más varonil que la de Barbaroux. Se había manchado con la sangre de Avignon, su patria, para arrancarla por la violencia del partido papal y unirla á Francia y á la revolución. Acusado por Marat de moderantismo, esta acusación le había confundido con la Gironda.

Duprat, su compatriota y amigo, le acompañó por el mismo crimen en los calabozos y el tribunal.

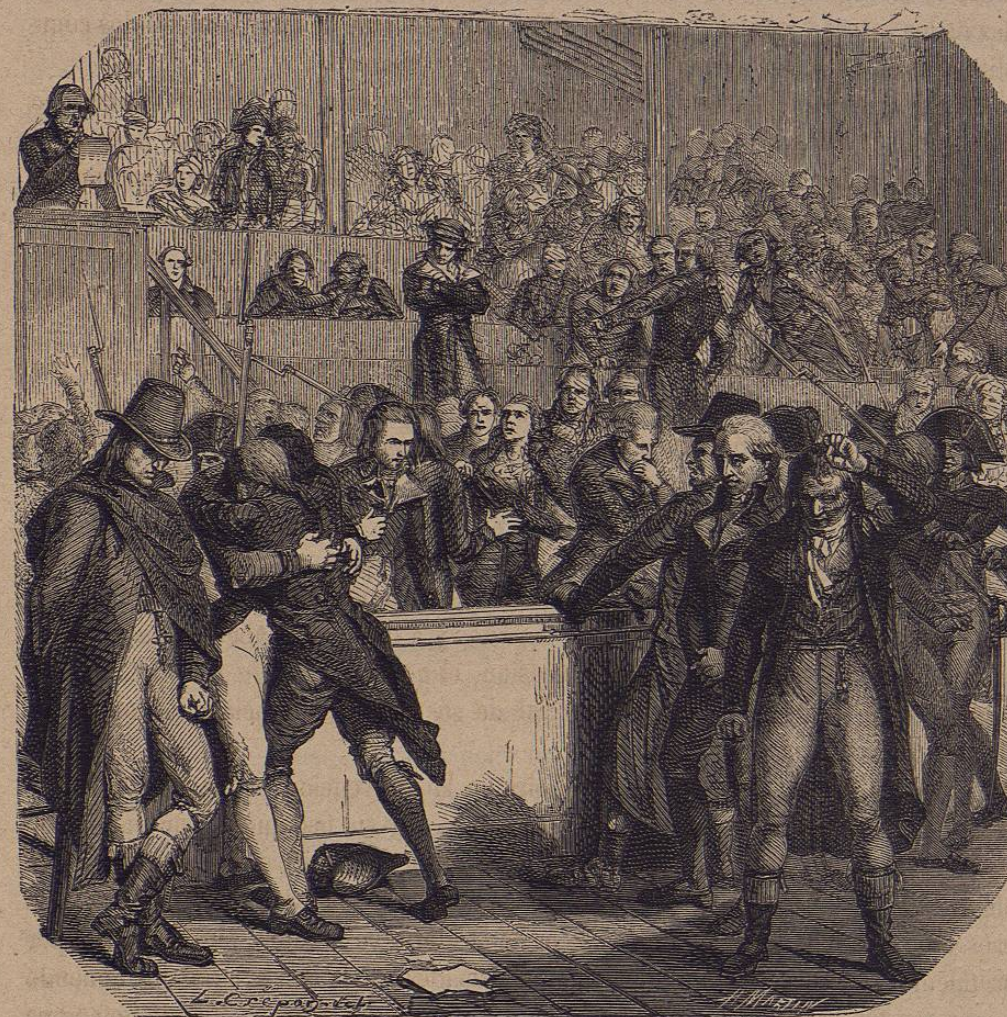
Después de éstos seguía Antiboul, natural de Saint-Tropez y diputado por Var. Culpable por la valerosa humanidad que desplegó en el proceso de Luis XVI, Antiboul había consentido en proscribirle como rey, pero no en ajusticiarle como hombre. Su crimen era su conciencia. La calma y la pureza resplandecían en sus facciones.

Luégo seguía Duchastel, diputado por Deux-Sevres, de edad de veintisiete años, que se había hecho llevar moribundo á la tribuna, envuelto en una manta, para votar en contra de la muerte del tirano, y á quien llamaban en la Convención, á causa de su traje en aquella ocasión, el *aparecido de la tiranía*. La elevación de su estatura, la actitud marcial de su cuerpo, la gracia y la nobleza de su persona, atraían todas las miradas.

Carra, diputado por el Saône-et-Loire en la Convención, se sentó al lado de Duchastel. La expresión vulgar y desordenada de su fisonomía, su encorvado cuerpo, su cabeza gruesa y basta, y el desaliño de su traje, que recordaba el de Marat, contrastaban con la estatura y con la belleza de Duchastel. Carra era uno de esos hombres que tienen la impaciencia de la gloria en el alma, sin alcanzarla por su talento, que se arrojan en la corriente de las ideas de la época, pero que teniendo en sus sentimientos más luces que en la inteligencia, se detienen cuando notan que la corriente los lleva al crimen; tal era Carra, sabio, confuso, fanático, declamatorio, fogoso en el movimiento y fogoso en la resistencia. Se había refugiado en la Gironda para combatir los excesos del pueblo, sin separarse de la república. Su periódico había sido eco de sus doctrinas y de su elocuencia, pero este eco debía perecer con la voz que lo producía.

Un hombre oscuro, con traje y aspecto rústicos, llamado Lauze de Perret, víctima involuntaria de Carlota Corday, estaba sentado al lado de Carra. Era noble, y sin embargo, cultivaba con sus propias manos la herencia rural de sus padres. Sin ambición y sin vanidad, la revolución le había cogido, como á Cincinnato, con el arado en la mano. Sus conciudadanos le habían elegido á su pesar, como al hombre más honrado, y pagaba bien caro en esta ocasión el precio de su fama. Tenía cuarenta y siete años.

En seguida estaba Gardien, diputado por Vienne, de la misma edad y de igual exterior. Gardien había votado en contra de la muerte del rey, y formado parte de la comisión de los Doce. Había desplegado la energía serena de un buen ciudadano contra los facciosos, había pedido la prisión de Hebert, de Chaumette y de los conspiradores del ayuntamiento; merecía, pues, un lugar en la primera fila de los vencidos del 31 de Mayo, y lo aceptaba.



Los diputados proscritos (sesión del 3 de Octubre, 1793).—Pág. 138.

Después de éste iban Lacaze, diputado por Libourne, y Lesterpt-Beauvais, diputado por la Alta Vienne; los dos eran amigos de Gensonné, admiradores apasionados de su elocuencia y de su valor, y se gloriaban de ser acusados de las mismas virtudes que él. Su semblante manifestaba ser éste su sentimiento. Tenían á honor el verse envueltos en la acusación de Gensonné, como si de esto les resultase una gran gloria.

Gensonné estaba á su lado. Este era un hombre de treinta y cinco años, pero en cuyas facciones la madurez de juicio, la importancia de su representación y la firmeza reflexiva de sus opiniones habían impreso un sello de dureza y de fijeza, que le hacía aparecer tan grave cual otro Nestor agobiado por el peso de los años.

Su frente alta é inclinada hácia atras, sus cabellos espesos, erizados y empolvados segun la costumbre de la antigua época, manifestaban la altivez de su persona. Aquel hombre tenia la cabeza erguida cual si amenazase con su reto á los mismos que iban á decidir de su vida, y en su imperceptible sonrisa se revelaba el sarcasmo y el desprecio interior que le infundian jueces, acusadores y pueblo. Parecíase á la estatua de la impopularidad, ó á la de la aristocracia intelectual, desdeñosa como la aristocracia de la sangre. Su traje, no sólo aseado, sino elegante, era de la hechura y de las telas que estaban proscritas, lo cual añadía aún mucha más impopularidad á la fisonomía de Gensonné.

Un médico de Dinan, llamado Lehardy, diputado del Morbihan, hombre sin otra ambicion que el amor de los hombres y sin otro brillo que su muerte, se guarecia modestamente en los brazos de Gensonné. Habia considerado en la minoría de los girondinos el centro de las virtudes cívicas, y se habia reunido á ellos por horror á sus enemigos. Su pensamiento sensible y sufrido parecia más ocupado de la suerte de aquéllos que de la suya propia.

En seguida se dejaba ver Lasource, hombre de bien, de palabra exaltada y de imaginacion trágica. Sus cabellos cortados y sin polvos, su vestido negro, su aspecto austero, su fisonomía ascética y concentrada, recordaban en él el ministro del Santo Evangelio, y á los puritanos de Cromwell que buscaban á Dios en la libertad, y en su proceso el martirio.

Vigée, hombre desconocido y que apenas llegó á la Convencion cayó en el lazo de las primeras votaciones, pasó desapercibido despues de Lasource.

Este y Vigée precedian á Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle por medio de su esposa ideas ambiciosas y el deseo de subir al trono. Sillery se habia separado del duque despues de la muerte del rey, porque su corazon honrado se sublevó contra el regicidio. Se habia detenido, no como un hombre tímido que se arrepiente en silencio y desaparece entre las sombras, sino como un hombre resuelto que se vuelve y hace frente al peligro. Una república grande y pura le habia parecido ser una ambicion más noble que una corona recogida entre arroyos de sangre. Este hombre, en resumen, se habia ideptificado con los girondinos, y aunque respetuoso hácia Orleans, aconsejaba á este príncipe en secreto la enmienda, y le predecia la catástrofe que le aguardaba. La actitud militar de Sillery, su traje y su fisonomía altiva, revelaban en él el noble que desprecia á la multitud. Presa de las primeras enfermedades de la vejez, empeoradas por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en unas muletas. Pero esta señal de sus padecimientos físicos daba más realce á su persona que lo que le quitaba en gracia y ligereza. La expresion de sus facciones era la de la felicidad, y parecia que se gozaba en libertarse de las dificultades de su situacion y en escapar de las reconvenciones que sus antiguas faltas merecian, por una muerte noble, en medio de sus amigos y con lo más escogido de la república.

Valazé tenia la actitud de un soldado en medio del fuego. La consigna de su conciencia le dictaba que era preciso morir, y murió. Su traje y el modo de llevarle revelaban el hábito de vestir uniforme. Sus miembros delgados, sus facciones pálidas y macilentas, el fuego sombrío de sus ojos, revelaban en él uno de esos hombres obstinados en quienes el pensamiento es la enfermedad crónica del cuerpo.

El abate Fauchet seguia despues de Valazé. Tenia cerca de cincuenta años,

pero la belleza de sus facciones, la elevacion de su estatura y el color de su rostro le hacian parecer más jóven. Su traje recordaba su antiguo ministerio por el color y por la hechura. Su cara no tenia más expresion que la de su alma: el entusiasmo. Se conocia que su pecho no era más que un hogar. Fauchet habia alimentado en él sucesivamente, ó á la vez, el triple fuego del amor, de la libertad y de Dios. El momento de Dios habia llegado, y le daba su vida en expiacion. La aureola del inspirado, del apóstol y del orador iluminaba su frente. El tribunal era para Fauchet un santuario adonde iba á confesar sus faltas y á ofrecer el sacrificio de su propia sangre.

## XIV

Brissot estaba el penúltimo. Era un hombre de mediana edad, de estatura pequeña, cara macerada, alumbrada solamente por una inteligencia animosa, y ennoblecida por una intrépida obstinacion de ideas. Vestido con una sencillez afectada de filósofo ó de hombre de la naturaleza, su raído traje negro no era más que un pedazo de paño cortado geométricamente para cubrir sus miembros. Su cabello corto y sin polvos se parecia al de un cuáquero americano. Brissot tenia en la mano un lápiz y un papel en donde apuntaba á cada instante algunas notas. Sólo él estaba agitado. Se veia que, perseguido por la mala é injusta fama de libelista y de aventurero político de que habia sido tachado en su juventud, atormentado por sus desgracias más que por sus faltas, conocia más que sus colegas la necesidad de defenderse, y que aceptaba más resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla, aceptando el martirio como un sabio.

## XV

En fin, el último que venía, atrayéndose las miradas de todos, era Vergniaud. Todo Paris le habia conocido y le habia visto en su majestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente al orador á la misma altura con sus enemigos, sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaban de él esfuerzos y explosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignos de los dias de Demóstenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, áun lo imposible.

Un murmullo de interes y de compasion resonó al verle. No era éste ya el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus músculos, flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma, no marcaban la armazon un poco maciza y fofa de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de sí mismo que parecia el desfallecimiento. Su paso era tardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus mejillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles; su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido pres-